

## VIDA Y OBRA DEL Dr. CARLOS A. ALDAO

El 19 de mayo de 1860, el prebitero José Luis Doldán bautizaba en la Iglesia Matriz de Santa Fe a un niño que había nacido un mes y medio antes, el día 5 de abril, y que llevaría el nombre de Carlos Agustín. Era hijo de Carlos Aldao y de Luisa Maciel, casados el 25 de marzo de 1859 por el mismo sacerdote. El párbulo había abierto los ojos a la vida en un viejo caserón situado a ciento cincuenta metros del templo, en la actual calle 9 de Julio entre las de General López y 3 de Febrero. Aldao quiso a sus progenitores con amor profundo. Cuando se alejó del hogar para seguir estudios en Buenos Aires, o, más tarde, cuando su alma errante lo llevó por todos los caminos del mundo, el sencillo y austero hogar de sus mayores estuvo siempre presente en su memoria. En 1921, al prologar el libro del capitán del ejército británico Alejandro Gillespie, titulado "Buenos Aires y el interior", que contiene observaciones reunidas durante su residencia en el país en 1806 y 1807, obra que, con otras similares de viajeros ingleses, tradujo para distintos sellos editores, escribía Carlos Aldao: "De mis padres diré solamente en homenaje a su memoria, que nunca les oí ni vi en ellos, ni aun en broma, nada que considerado con mi criterio de entonces o de hoy no estuviese ajustado a las reglas más estrictas de la verdad, la probidad y el honor". Siete años después, en la Introducción a su obra "Errores de la Constitución Nacional", expresa las siguientes palabras: "Ante todo, en el centenario de mi padre homónimo, nacido en Santa Fe el 31 de mayo de

1828, me complazco en dedicar este libro a su memoria, porque él fué un hombre honrado y yo no he tenido otro propósito al componerlo que llegar al conocimiento de la verdad, como creo firmemente haberlo conseguido”.

La Santa Fe que Carlos Aldao conoció en su niñez y adolescencia, con sus calles de arena profunda y suelta, no era víctima ya de las frecuentes invasiones y asedios de otras épocas, pero, de tarde en tarde sin embargo, algún acontecimiento electoral o guerrero turbaba la paz tradicional de sus hogares. Sin muchas ambiciones, en un medio de pobreza y de ignorancia, los días se sucedían grises y monótonos. La política lugareña, con sus enredos y triquiñuelas, y el culto religioso observado puntualmente, constituían las principales ocupaciones de aquellas gentes honradas y sencillas, Hogares firmemente constituídos, núcleos familiares casi siempre numerosos, varones austeros y mujeres virtuosas, la fe humilde confundíase a menudo con supersticiones que pasaban por verdades científicas. Algunos sacerdotes eran mirado con singular respeto. Se decía que el Padre Caneto, por ejemplo, había ocupado su vida entera en escribir un libro muy profundo sobre el infierno...

En una página autobiográfica, Carlos Aldao nos ha pintado en trazos sugestivos algunos aspectos de aquella sociedad embrionaria: “Santa Fe, dice, ciudad pequeña, con campaña reducidísima, pobre, rodeada de agua y bárbaros, con vecinos que, en sus siestas interminables, revelaban costumbres ancestrales de los paraguayos que allí hicieron escala para luego fundar la segunda Buenos Aires, era ambiente propicio para mentalidades árabes, que dejaban deslizar dulcemente la vida. Abundaban los longevos, quizás porque los habitantes no tenían sacudimiento nerviosos ni conocían otras diversiones que las novenas y funciones de iglesia, y, los domingos, riñas de gallos y carrera de caballo en andarivel. No era extraño encontrar hombres, más que de ciudad, de barrio, pues nunca hicieron otro camino que de su casa a las

iglesias y conventos agrupados en las cercanías inmediatas a la plaza. Mencionaré dos casos típicos para demostrar la estrechez del horizonte en que se vivía. En 1870, cuando llegaba a Santa Fe el telégrafo nacional, un caballero respetable no permitió la colocación de un soporte de alambres conductores en el corralón contiguo a su casa para que no se supiese lo que adentro sucedía. Otro anciano, de buena familia, cuando en 1884 se inauguró el ferrocarril a Esperanza —acontecimiento trascendental esperado por todos con ansia—, fue invitado a dejarse llevar en carruaje hasta la estación, distante diez minutos de la casa donde había nacido y vivido, para que viesen sus ojos lo que era un tren, y dio esta respuesta:

—¡No, hijo, para que voy a ver esas cosas que están pintadas en las cajas de fósforos!...

Y murió sin verlo”.

Y agrega más adelante:

“En atmósfera tan rala, las finalidades de toda organización social se expresaban con palabras sonoras, no comprendidas por los mismos que las pronunciaban, cuya mejor excusa es la del indio “corazón ladino lengua no ayuda”. No obstante que la Constitución provincial de 1819, estableció el mecanismo de los tres poderes: legislativo, ejecutivo y judicial, y éste último aplica las leyes a los particulares para lo que es indispensable conocerlas, en 1860 el Tribunal de Alzada o de apelaciones se componía de tres jueces legos. Cuando se les presentaba un caso intrincado de derecho, el tribunal consultaba a un abogado de Buenos Aires y, conforme con el dictamen que éste expedía, era pronunciado el fallo definitivo. No había abogados sino tal cual leguleyo, y por ese tiempo, la Universidad de Córdoba devolvía graduados a Iriondo, Salva, Basavilbaso, del Barco, Pujato, Puig, Comas, etc., etc., fundadores del foro santafesino y jueces de los tribunales integrados en su mayor parte con letrados cordobeses”.

Carlos Aldao ha dejado constancia escrita de su convicción de que “en ese desprendimiento gradual que constituye

la vida hasta adquirir la propia conciencia, entramos primero en relación con personas humildes que influyen indudablemente en nuestras ideas incipientes". Una de esas personas humildes que llenó gran parte de su infancia, fue una mulata esclava manumitida por la Revolución de nombre Agustina Crespo, que ofició de niñera. "Mamita Agustina", como la llamaba él y sus hermanos, cuidaba a los niños con ejemplar solitud y solía entretenerlos con relatos de hechos pasados que encendía la imaginación de los pequeños. Compartía las tareas domésticas con la conservación de los objetos del culto pertenecientes a la familia. Carlos la evoca en el patio de la Iglesia Matriz entregada a la limpieza de vinajeras, incensarios y campanillas, mientras él vagaba por el templo solitario o subía a la torre en compañía del campanero, un pobre de espíritu conocido por el nombre de Antonio "Sorongo".

En esa Santa Fe de su niñez, Carlos tuvo por primeros amigos a hombres rudos y sencillos que, con sus hazañas, impresionaron su fantasía. Uno de ellos fue el pescador Crisóstomo Santa Cruz, alias Quicho. "Era —dice— un lindo tipo de anciano, de buena familia, siempre de chiripá y poncho, descalzo, que se distinguía por una abundosa barba y cabellera blanca y sedosa, rematada la última por una trenza. Es el único criollo que he conocido con el rezago colonial de la trenza española que trajeron a América los soldados de Ceballos... Aparte de las "saudades" que su nombre me trae porque tenía el mismo modo de hablar en diminutivo que los "incroyables" de la revolución francesa y decía todo por el estilo de "amiguillo; ¿cómo tevasillo?", lo que le valió el nombre de Quichillo, siendo para mí un raro ejemplo de persistencia en los hábitos y costumbres. Otro singular personaje era Amanacio, pescador y cazador de patos, carpinchos y tigres; Marcelo, también pescador, hombre sumamente embustero, amigo del prestidigitador Hermann; "Mis Ojitos", mendigo de a caballo; "Mil Hombres", "tape retacón, soldado, insigne borracho que, zapateando sobre un pilar del parapeto del Ca-

bildo, entiendo se cayó de veinte metros de altura, muriendo en el acto"; "Juan de Atrás", casado con doña "Alejandra de Adelante", un francés que vendía la verdura que cultivaba en su huerta transportándola en un carrito tirado por un perro con el cual recorría el "barrio del churrasco", que era el de la gente de cierta holgura económica, no así el del "mondongo", nombre con el cual era conocido el del rancharío habitado por los pobres. Y por fin Cecilio Tolosa, cuyos restos las nuevas generaciones han visto depositar en la Iglesia de San Francisco, "cordobés, dice Aldao, encargado del alumbrado público, quien concedía las velas de baño, que entonces se usaban, canturreando:

Emprestame tu cigarro  
Para encender el farol,  
En la cara te conozco,  
Que estás enfermo de amor.

Y entre tantas referencias interesantes sobre tipos callejeros de aquella Santa Fe de hace casi un siglo, destaco la que dedica el Dr. Aldao al sargento Pedro Bustamante, alias Bandurria, "a quien —dice nuestro biografiado— respetábamos y dejábamos pasar en silencio, porque sin darnos cuenta exacta del motivo, se le consideraba rodeado de una aureola por haber sido tambor en el ejército de Belgrano. Alto, erguido, enjuto, de piel blanca, patillas y cabellos encanecidos, ya desdentado, en los días patrios salía con su "caja" para tocar dianas con manos trémulas, acompañando sus redobles, como en un éxtasis, con estos versos:

Viva la patria  
Libre de cadenas,  
Y vivan sus hijos  
Para defenderla.

Quando leía estas referencias del Carlos Aldao sobre episodios y figuras pintorescas de Santa Fe en la época de su niñez,

pintados con tanto colorido y emoción, venían a mi mente las que evoca su contemporáneo Joaquín V. González en las páginas siempre frescas de 'Mis Montañas'. Hay un mismo amor por las cosas de la patria chica, una identificación semejante con las tradiciones domésticas, una parecida ternura en el deseo de salvar del olvido algunos acontecimientos aparentemente intrascendentes.

Aprendió las primeras letras con una buena mujer, doña Jacinta Zabroso, recuerda Aldao, a quien se le abonaba mensualmente la cantidad de dos reales bolivianos, y luego ingresó a la única escuela primaria de Santa Fe, "donde funcionaba vivamente —dice— una regla negra y cilíndrica para poder entrar la letra a golpes de palmeta". Cursó los estudios secundarios en el colegio de los jesuitas, en cuyas aulas permaneció desde 1870 hasta 1878. Se recibió de abogado en la Universidad de Buenos Aires con una tesis sobre el divorcio. Fue en la Capital Federal, juez y camarista de la justicia de paz; secretario, en 1893, de la legación argentina en Washington, trabajó inteligentemente en la cuestión del arbitraje sobre Misiones, primero con el ministro plenipotenciario don Carlos Calvo, y al fallecer éste, con su reemplazante Dr. Estanislao S. Zeballos, y publica en 1894 un volumen titulado "La cuestión de Misiones ante el Presidente de los Estados Unidos de América". Más tarde se desempeñó como ministro en Santa Fe del gobernador Juan Bernardo Iturraspe, ocupó una banca en la Cámara de Diputados de la Nación durante el período 1902-1906, fue director general de Correos y Telégrafo de la Nación, cargo éste por el que habían pasado ilustres hombres de letras como Miguel Cané, Carlos Carlés y Ramón J. Cárcano; vocal del Banco Hipotecario Nacional; y en octubre de 1915 el entonces presidente de la República Dr. Victorino de la Plaza lo nombró interventor federal en la provincia de Catamarca, misión que el Dr. Carlos Aldao llenó cumplidamente en poco tiempo. El Dr. Pío Pandolfo, en un estudio sobre el presidente Plaza, ha dicho: "El respeto legal

por las normas del federalismo constitucional, lo evidencia en que sólo dos intervenciones se producen (durante su gobierno). Una por ley, la de Catamarca, otra por decreto, la de Corrientes; y fueron sólo a ajustar los principios vulnerados”.

Pero no es el político ni el funcionario el que será objeto de nuestra especial atención en esta oportunidad. Vamos a ocuparnos del viajero incansable que fue Aldao, y de su especial disposición para evocar en páginas amables, lo que había visto y admirado en los más extraños caminos del mundo. Vamos a rendir homenaje al legislador celoso del mandato que se le ha confiado, al sanmartiniano fervoroso, a cuya iniciativa se debe la erección en nuestra ciudad del monumento que al Libertador se levanta en la plaza epónima, así como en otras muchas ciudades importantes del país y del extranjero, sin olvidar la estatua que por gestión privada suya hizo fundir en el Arsenal de Guerra para ser llevada a los Estados Unidos, inaugurándose en Washington el 28 de octubre de 1925. Vamos a traer al recuerdo el título de algunas de sus publicaciones, como “A través del mundo”, “Vagando y Divagando”, “Blasones de Santa Fe en la Independencia y organización Nacional”, “El Poder Legislativo” y “Manual de Derecho Constitucional”. Vamos a hacer justicia al traductor de tantos viajeros que llegaron a nuestra patria en las primeras décadas del siglo pasado, y cuyas impresiones han servido para reconstruir aspectos muy interesantes de la vida del país.

Carlos A. Aldao inició en 1893 un largo viaje. Resultado de sus experiencias fue la publicación de un libro muy sugestivo: “A través del mundo”, que llegó a ser reeditado varias veces. Estanislao S. Zeballos, fue de lo primeros en comentarlo, expresó que había en el volumen varias herejías, pero que él comulgaba con ellas y aplaudía íntimamente el valor cívico de quien sabía ver las cosas como son y decirlas como las veía, a riesgo de herir nuestro espíritu de capanario. El libro del señor Aldao, agregó el Dr. Zeballos, más que

de viajes, tiene de filosofía amena, de patriotismo comparado, de crítica zumbona, de buen humor y de optimismo.

En los Estados Unidos Aldao conoció a Edison y fue amigo y animador de José Martí, que por entonces vivía consagrado a la preparación de su campaña libertadora de Cuba. El santafesino se había trasladado al país del norte donde debía actuar como secretario en la cuestión de límites entre la Argentina y Brasil, sometida al arbitraje del presidente Cleveland. La documentación pertinente estaba contenida en el volumen titulado "Argentine Evidence", cuya traducción fue confiada a Martí, con quien colaboró un grupo de cubanos entre los que se contaban Gonzalo de Quesada, Félix Fuentes, Lincoln de Zayas y Néstor Ponce de León. "Para revisar el trabajo de los traductores —recordaba Aldao veinticinco años después— Martí, con puntualidad de cronómetro, venía diariamente a mi habitación del Hoffman House, Madison Square, y allí trabajamos hasta que advertimos que la mala calidad del gas, indispensable en las tardes del invierno neoyorquino, nos estaba envenenando, y me trasladé al hotel Waldorf, donde se continuó la tarea hasta rematarla". El trabajo en común intensificó la amistad. "El trato continuo durante meses —agrega Aldao— estableció confianza y luego intimidación entre nosotros, de modo que él, caballeresca y bondadosamente, se convirtió en mi cicerone de la ciudad imperial. Ibamos juntos a los teatros, al Tenderloin Club, sitio sospechoso, donde no nos dejaron entrar porque cometí la torpeza de no responder afirmativamente al portero que me preguntó si yo era socio, único requisito de admisión; a los restaurantes, desde el Delmónico, los del barrio chino, en Mott Street, con sus extraños manjares, hasta el mexicano, famoso por sus tamales con chile, que por picantes producían la impresión de tener en la boca una brasa".

Recuerda Aldao que cuando José Martí puso término a sus tareas de traductor, preguntóle en cuánto estimaba sus



honorarios, pues si se le había confiado ese trabajo era en la inteligencia de que le sería remunerado. Martí respondió que nada se le debía, que su intención había sido prestar un servicio a la República Argentina, país que él consideraba como su segunda patria, y al que deseaba ir a morir si fracasaba en su empresa libertadora. Como Aldao insistiera en que debía aceptar el pago de honorarios, se entabló entre ambos amigos el siguiente diálogo:

“—No hay medio de eludirlo, y usted dirá en cuanto estima su trabajo. ¿Cuatrocientos, ochocientos, mil dólares?”

“—Puesto que usted lo exige— replicó en voz baja y como cohibido— bastará cuatrocientos”.

“—Extiéndame recibo por ochocientos”.

“Cuando se despedía, alzando el puño que encerraba el fajo de ochocientos dólares, dijo con la alegría de un niño:

“—Todo esto va al banco, para la revolución”.

Resulta curioso que los biógrafos de Martí no hayan reparado en la silueta que del gran antillano traza nuestro compatriota. Ni los cubanos Santoveña y Piedra-bueno, ni los argentinos González Arrili, Giusti y Blomberg la mencionan. **Escribe Aldao:** “Era Martí de pequeña estatura y enjuto de carnes, su rostro ovalado, con ese tinte casi cetrino característico de los que nacen en países tropicales; su frente bombeada y ancha respondía a un notable desarrollo del cráneo simétrico sin ser grande, cabello castaño, fino y un tanto ensortijado; bigote caído no muy abundante y mosca debajo de la boca, de labios delgados guarnecida de dientes fuertes y separados. Lo más notable de su fisonomía eran sus ojos: pardos, limpidos, grandes, notablemente apartados entre sí que alejaban toda idea de falsedad o hipocresía, con reflejos simultáneos de bondad y fortaleza”. Después de relatarnos aspectos sumamente interesantes de la vida de Martí, a quien durante varios meses trato casi a diario, concluye el Dr. Aldao: “La víspera de zarpar de Nueva York fuí a su modesta casa con objeto de despedirme. No lo encontré, pues andaba en una de sus con-

tinuas excursiones por Filadelfia, de donde, según me informaron, debía regresar al día siguiente. Dejéle una carta en la cual le decía que si la recibía a tiempo fuera a verme al vajor que zarpaba de Hoboken, pues deseaba dar un fuerte abrazo de despedida al único hombre cuya suerte envidiaba por haberse consagrado a la consecución del más grande de los ideales humanos, hacer una patria, pero que si no lo veía más, le agregaba, quizá contagiado por su entusiasmo, deseaba que muriera cuando Cuba fuera libre o él creyera que estaba liberada”.

Debe destacarse que si el Dr. Aldao quiso y admiró a José Martí, no menos afectuosa fue la consideración del mártir cubano hacia el joven argentino, como he podido comprobarlo. En efecto: la señorita Amalia Aldao, distinguida educacionista que conserva una valiosa documentación que perteneciera a su ilustre tío, posee cartas de Martí y un ejemplar de la edición príncipe del “Ismaelillo”, hermoso manojito de versos, con una cordial dedicatoria autógrafa al Dr. Aldao. En una de esas cartas le dice: “Mi amigo Aldao: Caí en cama, en día de quehacer angustioso, y en este instante viene la primera persona —tal vez ya muy tarde— que puede enviar un mensajero, para que no me espere hoy. Y mañana, como esté, salgo, a un viaje peligroso. Y no puedo irme sin verlo, —sin ver a mi compañero querido e inolvidable de trabajo. Nada más. Como esté iré mañana, robando a todo el tiempo, a almorzar con Ud. A las 10 estará allí su José Martí”.

Electo diputado nacional por Santa Fe, en 1902, ocupó una banca en la Cámara joven junto a brillantes parlamentarios como Marcos M. Avellaneda, Juan Balestra, Francisco A. Barroetaveña, Alejandro Carbó, Manuel Carlés, Joaquín Castellanos, Luis María Drago, José Galiano, Carlos F. Gómez, Emilio Gouchón, Manuel María y Urbano de Iriondo, Gregorio de Laferrére, Rómulo S. Naón, Adolfo F. Orma, Nicasio Oroño, Enrique S. Pérez, Federico Pinedo, Manuel Quiutana, Belisario Roldán, Gregorio I. y Juan José Romero, Mar-

celino Ugarte, Mariano de Vedia, Benjamín Victorica, Benito Villanueva. Tuvo destacada actuación, colaborando en todo aquello que pudiera ser de utilidad para el país, pero no dejó de señalar los vicios y corruptelas que desprestigiaban al poder legislativo. Su experiencia le indicaba que en la Argentina las Cámaras no funcionaban normalmente, y ello era debido, entre otras causas, al ausentismo de muchos legisladores que de esta manera hacían obstrucción a los planes de gobierno. Tal cosa no ocurría en la Cámara de los Comunes, en cuya barra había estado en 1903, siendo ministro Balfour. “He presenciado sesiones de las cámaras francesas —dice— repletas de legisladores sentados en su bancas, discutiendo con el ardor propio del temperamento latino, pero sin creer que con la ausencia servirían mejor a sus electores”. Y lo mismo ocurre en Santiago de Chile o en Raleigh de Carolina del Norte, que también conocía. “Así, agregaba, todas las inmunidades de que goza la persona del legislador (en aquellos países) para que no pueda ser impedido de concurrir a las sesiones, entre nosotros se han convertido en inmunidades para no asistir”. Luego de otras consideraciones comenta: “Creo firmemente que la perpetuación de estas corruptelas han traído el desprestigio indudable del Poder Legislativo, evidenciado cuando el presidente Figueroa Alcorta clausuró la Cámara *vi et armis*, si no con el aplauso público, como creo, en medio de la indiferencia general”.

Apenas incorporado a la Cámara presentó un proyecto sobre concesión de tierras públicas a las provincias para que, con el producido de su venta, se proveyera a la creación de escuelas de agricultura. Con otros diputados suscribió un proyecto de ley sobre el derecho de los arrendatarios de tierras públicas para adquirirlas en propiedad, iniciativa que fue fundada por don Nicasio Oroño. También se preocupó por que los títulos de abogado expedidos por la Universidad provincial de Santa Fe tuviesen validez en todo el territorio de la Nación. Y en la sesión del 4 de setiembre de 1902, después de

un largo y luminoso debate en el que intervinieron muchos oradores, el Dr. Carlos Aldao dio su voto a favor del proyecto de ley de divorcio.

Su admiración por el general don José de San Martín no tuvo límite. Durante tres décadas consagró a exaltar la memoria del héroe. Tengo en mi poder una excelente documentación acerca de la obra sanmartiniana del Dr. Carlos Aldao que me ha sido gentilmente facilitada por la sobrina a quien ya he mencionado, y en la que se encuentran todos los antecedentes relacionados con la creación del monumento con que nuestra ciudad honró al procer en 1902, siendo presidente de la comisión ejecutiva el gran santafesino cuya vida estudiamos. Ese material de información pone de relieve el fervor patriótico y la constante preocupación del Dr. Aldao, que lo llevó prácticamente a sembrar de monumentos a Libertador en todo lo largo y lo ancho del país, y aun en el extranjero, pues debe recordarse que también la estatua ecuestre que se inauguró en Washington el 28 de octubre de 1925, en presencia del presidente de los Estados Unidos de Norteamérica, mister Calvin Coolidge, se debe a una iniciativa del Dr. Aldao. Hizo entrega del monumento al pueblo norteamericano en nombre del pueblo argentino, nuestro eminente embajador Dr. Honorio Pueyrredón, y el presidente Coolidge, al recibir la ofrenda, pronunció un magnífico discurso que terminó con las siguientes palabras:

“Como ha ocurrido demasiado a menudo a los grandes benefactores de sus conciudadanos, San Martín no tuvo en vida los testimonios de gratitud y reverencia que en otros tiempos y todos los pueblos se han enorgullecido en tributar a su memoria. Se me ha dicho que en casi todas las capitales sudamericanas se le han levantado monumentos. Hoy, la nación que lo diera a la causa de la libertad presenta su estatua al gobierno de mi patria. Grato deber es para mí, en nombre del gobierno y el pueblo de los Estados Unidos, expresar el sumo placer con que la aceptan. ¡Qué perdure en los siglos

venideros para inspiración de cuantos aman la libertad! ¡Qué sea siempre un recordativo de la amistad entre la gran nación que la da y aquella que se honra en recibirla! ¡Qué sirva para mantener en el espíritu y el corazón de la humanidad el reconocimiento del sitio noble y honroso que hoy ocupa ese sistema republicano del Nuevo Mundo de que San Martín fue uno de los más eminentes creadores!”.

Una gran revista argentina, ya desaparecida, publicaba el 26 de diciembre de 1925 una fotografía a toda página del Dr. Carlos Aldao, con el siguiente comentario: “La inauguración del monumento al general San Martín, en Washington, que fue un magnífico e inolvidable acto de confraternidad americana, demostró la alta idealidad y trascendencia de la iniciativa debida al Dr. Aldao, quien puso en la feliz realización sus mejores, más cálidos y patrióticos entusiasmos”.

Dije antes que me ocuparía del viajero infatigable que fue Aldao. Lamentablemente debo hacerlo en forma muy breve por exigencias de espacio.

Puedo afirmar que fue Aldao un viajero incansable. Visitó prácticamente todo el mundo. Y no conforme con recorrer la tierra en toda su extensión, escribe sagazmente: “Para satisfacer mi manía ambulatoria alimento la esperanza que en un porvenir inmediato se descubran medios de traslación a los satélites o planetas más vecinos, como la Luna o Marte, y desde ahora me inscribo para el segundo viaje con muchísimo placer”.

Los viajes eran para él fuentes de grandes satisfacciones: “El encanto de los viajes —dice— reposa no tanto en el espectáculo variado de las gentes y países que se ven desfilar rápidamente desde la ventanilla del tren o desde la cubierta del barco, como en el cúmulo de ideas que acuden a la inteligencia y se adaptan a un cauce sin darse quizás una cuenta de la razón que determina su curso”.

Admira al pueblo inglés y dice que Londres es “su domicilio europeo al emprender viajes por todo el mundo”.

“¡Londres!, aun saboreo con íntima satisfacción la impresión profunda que causó en mí la ciudad inmensa, cuando traspuse la muralla de humo que la ocultaba. Aquella colosal colmena humana, dominadora del mundo, con su niebla perpetua, su atmósfera saturada de polvo de carbón, su tráfico colosal y su imponente sello de grandeza y seriedad, sobrecogió mi ánimo. Mi primera idea fue abandonarla al día siguiente, tan solo y tan pequeño me encontraba en aquel mar de seres humanos, en medio de aquel movimiento que debía ser ensordecedor y no lo es por el silencio y orden que lo presiden. Pero pronto pasó esta impresión y con delicia permanecí cuanto pude en ella”.

París es la ciudad más bella y artística del mundo. Viena la más simpática. “Sin el aire de jolgorio perpetuo de París, anota, sin la seriedad brumosa e imponente de Londres, ni la rigidez militar de Berlín, Viena tiene todas estas características en un marco de grandeza señorial y de fácil cultura que hace lamentar de veras no conocer el alemán para saborear su vida”.

Al evocar el Acrópolis de Atenas dice Aldao: “Lo que contiene aquella meseta es tan profundamente sugerente que la hace aparecer más elevada de lo que es en realidad. Dijérase que allí culmina la quintaesencia de la civilización, que hoy domina el mundo. Sentado en una columna del derruido Partenón, he podido admirar sus líneas purísimas y armoniosas, que nos dicen de la superioridad del genio griego. Vale más todo ese hacinamiento de columnas rotas, de trozos de piedras caídos en el suelo, o sacadas de su sitio en los muros, con ese color de oro muerto, pátina de los siglos, que las estatuas, frisos y tímpanos que antes lo adornaron, exhibidos hoy en el Museo Británico”.

Lugar aparte merecen sus comentarios sobre España, país que visitó en enero de 1893 para documentarse en sus archivos sobre la cuestión de límites con el Brasil. Reconoce que llegó atraído por la aureola y por la natural simpatía

que le inspiraba la nación generadora de la nuestra, pero es explicable que para quien admiraba tanto los Estados Unidos, aquélla había de merecerle críticas severas. Salvo Madrid, ciudad que le parece más bella que Buenos Aires, con su habitual aire de fiesta, a punto tal que difícilmente se señalará en el mundo otra que respire más buen humor y alegría por los cuatro costados, el resto de la península sólo le inspira conceptos desdeñosos. Toledo, Córdoba, Granada, Sevilla, Jerez, Huelva, Mérida, Medina del Campo, Salamanca, Valladolid, Simancas, Burgos, Santander, lo angustian. “Me producen —dice— una impresión de conjunto que tiene algo de tristeza y de muerte, como la que se experimenta ante las cristalizadas e inmutables civilizaciones orientales”.

Señala que “la indolencia, la ignorancia, el abandono, el fatalismo, unidos al desmesurado orgullo por lo que fue, son características del pueblo español que producen el efecto de aguas turbias ocultando el fondo de un gran desaliento nacional. Quizás —anota— la característica positiva a que me he referido, agregada a su innegable fiereza, lo salva de ser absorbido y perecer”.

Muy desoladora es la impresión que le producen las poblaciones andaluzas, donde sus habitantes apenas poseen lo indispensable para vivir. La falta de alimentación suficiente como consecuencia de una serie de factores adversos para el progreso de esas zonas va llevando paulatinamente a la ruina, y el índice de mortalidad acusa cifras impresionantes. Cuando leía estos relatos del Dr. Aldao venía a mi memoria lo que doce años después, en 1905, escribiera angustiado Azorín sobre lo que él llama “la Andalucía trágica”, y que puede verse en su magnífico libro “Los pueblos”.

En sus escritos se encuentran las descripciones más variadas, desde el Niágara, “aquella maravilla que no me maravilló”, hasta la Caverna de Mammoth, que le hizo experimentar una de las impresiones más extrañas de su existencia; desde el Mar Negro con la inmensa cantidad de vida

que ostenta en su seno y superficie, hasta el simpático y pintorescamente triste país vasco; desde la inmensa pampa líquida que semeja el lago Titicaca, con sus nevados eternos, el Illampu, el Huayna Potosí, el Illimani, que constituye el paisaje montañoso más imponente del mundo, hasta el Etna, en Sicilia, que Aldao recuerda con estas palabras: "Desde las ruinas del teatro griego de Siracusa, en una extremidad de la isla, se destaca en el cielo nublado y turbio la masa imponente del volcán coronado de nieve; es un cono aplanado con base enorme al que parece que sirve de pedestal la isla: entera, formada por el fuego de sus entrañas".

El puente de Brooklyn lo seduce por lo grandioso y atrevido, sostenido al parecer por telas de araña. La contemplación del Obelisco de Washington le inspira la idea de que en la Argentina debiera levantarse un monumento análogo para conmemorar la independencia nacional y los grandes hechos de nuestra historia. El palacio Taj Mahal, en la India, es una canción de mármol blanco, a su juicio y en conjunto, el edificio más bello del mundo, que admite comparación con el derruido Partenón. Pasan los años. Aldao conoce nuevos países, se deleita en la contemplación de los más hermosos exponentes de la creación artística. Un día el sanmartiniano se detiene en Mendoza y observa el Cerro de la Gloria y el monumento al Ejército de los Andes. Es entonces que escribe: "Creo poder prescindir del sentimiento patriótico para decir que, como expresión estética de arte, no he visto nada igual en el mundo". Es que en ese conjunto escultórico hay vibración y movimiento, y él sólo concibe el arte como un "esfuerzo consciente del hombre cuyo ideal es la realidad y la vida".

Su preocupación por la cultura pública y por la divulgación de nuestro pasado histórico se puso de relieve, igualmente, en aquella magnífica empresa, por él acometida, de traducir a los viajeros ingleses que en los primeros años del siglo pasado visitaron el país y en cuyas crónicas y memo-



rias nos han dejado un excelente material de interpretación. Así vieron la luz, ya sea por la imprenta de la Biblioteca del diario "La Nación" o por la editorial "La Cultura Argentina", que dirigía José Ingenieros, volúmenes muy interesantes como los siguientes: "Las pampas y los Andes", del capitán Francisco Bond Head; los "Bosquejos de Buenos Aires, Chile y Perú", de Samuel Haigh; el "Viaje de Buenos Aires a Potosí y Arica en los años 1825 y 1826", del capitán José Andrews; la "Narración del viaje por la Cordillera de los Andes y residencia en Lima y otras partes del Perú en los años 1823 y 1824", del escritor Roberto Proctor, que contiene útiles referencias sobre el general San Martín; el volumen "Buenos Aires y el interior", del capitán Alejandro Gillespie, impreso en Londres en 1818 y traducido por primera vez al castellano por Carlos Aldao; "La Argentina en los primeros años de la Revolución", por Juan Parish y Guillermo Robertson, y otros libros que hoy son fuente inapreciable de consulta para quienes deseen adentrarse en el conocimiento de nuestro pasado histórico.

¿Cómo era físicamente el Dr. Aldao?

El Dr. Enrique Gil, en una conferencia que pronunciara el 15 de octubre de 1937 en Buenos Aires con el auspicio del Instituto Cultural Argentino Norteamericano, dice que era alto, más bien grueso y fornido, grande la cabeza que se asentaba casi macizamente sobre los hombros. Agrega que quizás este detalle hizo que se le conociera también por el apodo de Ticio, sobrenombre que se atribuye a su amigo el Dr. Ernesto Bosch. "Era una fealdad la de la fisonomía del Dr. Aldao —señala Gil— que, como la de Lincoln, no admite retoque, pero armoniosa y no ofensiva hasta el punto que ni los grandes bigotes rasurados en los últimos años, ni sus espesas cejas desentonan. En suma, ninguno de sus amigos lo habríamos preferido ni imaginado con otra expresión. Inspiraba su trato serenidad, reposo, por más que uno presen-

tía que siempre le cosquilleaba una inquieta sonrisa que no llegaba a aflorar”.

Fue el de Aldao un espíritu alerta, atento a las menores palpitaciones del alma colectiva. Ningún problema le era extraño. Pero había algo que en él se manifestaba intensamente: su amor al terruño. En su folleto “Blasones de Santa Fe en la Independencia y Organización Nacional”, después de exponer algunas de sus ideas históricas con evidente intención polémica, y de referirse a la intervención que le cupo como iniciador del monumento al general San Martín y a su posterior designación como miembro de la comisión especial encargada de llevar a cabo el monumento a la memoria de los constituyentes de 1853, stampa estas hermosas palabras: “Abrigo la seguridad de que en todo lo precedentemente escrito no hay un átomo de ningún sentimiento innoble; pero, por si alguien se interesa en conocer el móvil que me guía, no tengo inconveniente en decirlo. Aunque no las presiento, sé que se acercan hacia mí las tendidas sombras de la tarde, y cuando pienso que mi casa paterna de la calle 9 de Julio, desde 1711 hasta hoy, se ha transmitido de padres a hijos por herencia durante seis generaciones, que en Santa Fe reposan los huesos de mis padres y que allí por mi voluntad se disgregarán los míos, me parece natural para entretener la Esfinge que es la vida, adornar con las mejores galas de mi mente la tierra en que nací”.

Fue el Dr. Aldao un destacado ciudadano. Deseaba fervientemente que la tierra de su nacimiento fuese gobernada por hombres probos y entusiastas, que hiciesen de ella un gran centro de riqueza y de cultura. Si alguna vez aspiró a ocupar la primera magistratura de la Provincia no era porque se creyera superior a otros en merecimientos. Simplemente, honradamente, porque tenía fe y confianza en sus fuerzas para intentar una obra de progreso y de bien colectivo. De ahí ese no disimulado orgullo por lo que se sentía capaz de llevar a cabo si tal honor alcanzara. Es el Dr. Gil, a quien

acabo de citar hace un momento, el que relata la siguiente anécdota: “Terminada una de las tantas gestiones administrativas que tuvo a su cargo en Santa Fe, se disponía a embarcarse para Europa cuando uno de sus allegados que le reprochaba no se quedara para participar en la campaña política en que se jugaba su propia candidatura a la gobernación, le preguntó: “Si te eligen, ¿qué hago?”. Ticio Aldao le responde: “¡Avísamelo de inmediato, telegrafiaré a la Provincia felicitándola!”.

Hombre cultísimo, tolerante para con las ideas ajenas, era implacable con los perezosos mentales que se someten sin discriminaciones a la voluntad de otros. “Toda servidumbre personal es penosa —afirmaba Aldao— pero ninguna lo es tanto como la servidumbre del pensamiento”.

Suárez Danero, que lo conoció y trató con frecuencia, ha trazado una breve y emotiva semblanza de este gran santafesino. Es injusto, dice Danero, el olvido en que los historiadores tienen a este eximio propulsor de cultura, que por sus trabajos ha merecido bien de la patria. En el “Diccionario Histórico Argentino”, publicado hace algunos años, su nombre no figura. Si lo incluye Diego Abad de Santillán en la “Gran Enciclopedia Argentina”.

Los santafesinos tenemos el deber de divulgar su obra y exaltar su memoria.

Carlos A. Aldao dejó de existir en Buenos Aires el 17 de abril de 1932, y, como era su deseo, sus restos descansan en nuestra necrópolis municipal.

JULIO A. CAMINOS

Buenos Aires 2524, Santa Fe

